

BENITO SERRANO

Ex Presidente del Poder Judicial

(Notas biográficas)

Harold H. Bonilla.

José Benito Serrano Jiménez nació en la Ciudad de San José, el día 19 de marzo de 1850. Fue bautizado en la religión Católica Apostólica Romana. Murió en la capital de Costa Rica el 23 de diciembre de 1945. Se graduó de abogado en su ciudad natal, el 29 de agosto de 1867. En San José practicó su profesión por varios años y allí residió durante la casi totalidad de su existencia.

Cuando el licenciado Serrano falleció a la edad de 95 años y 9 meses era Decano del Colegio de Abogados de la República, de cuya Directiva General le correspondió ser Miembro en distintas ocasiones. Por un lapso de 32 años se cubrió con la Toga del Magistrado, y puede decirse de él, que la vistió con altura y distinción. Sirvió su cargo siempre siguiendo el dictado de su conciencia recta, y cumplió así, en todo momento, con su deber. Enemigo de ostentar, se le vio durante esas tres décadas largas, dedicado a su trabajo y consagrado a su hogar. Recto el juez, sencillo el hombre, fue orgullo del Foro Nacional.

Muy joven todavía, ocupó una cátedra en la Universidad de Santo Tomás, como profesor de Física y Química. Luego fue escribiente de la Corte Suprema de Justicia. Más adelante, en 1874, fungió como Alcalde de San José. Después en 1877, se le escogió para el puesto de Secretario del Tribunal Supremo. Pasó a ser Director General de Correos, y finalmente el Presidente, general don Próspero Fernández, le llamó a desempeñar el cargo de Jefe del Registro Público de la Propiedad.

Emprendió viaje a Europa en compañía del licenciado don Ascensión Esquivel Ibarra, quien

posteriormente fue dos veces Presidente de la República. Durante su larga gira visitó y radicó por varias semanas a la vez en algunas de las principales capitales del Viejo Mundo, logrando así, ampliar un tanto sus conocimientos.

A su regreso al país, el Presidente, Benemérito, licenciado y general don Bernardo Soto Alfaro, le nombró Subsecretario de Hacienda, Comercio e Instrucción Pública, cartera que entonces servía, el gran educador don Mauro Fernández.

En 1888 fue llevado a la Corte Suprema de Justicia en calidad de Magistrado, cargo que sirvió durante 28 años consecutivos es decir hasta 1916. Habiendo ingresado de nuevo a la Corte, cuando en 1922 se le nombró otra vez Magistrado, para un período completo que terminó en 1926, año en que se retiró definitivamente a la vida privada. Fue un hombre de bien, un hombre de fe, virtuoso, sin mácula.

Le tocó durante los 32 años que fue Magistrado, desempeñar en diversas ocasiones la presidencia de cada una de las tres Salas de la Corte, por aquella época existentes. A principios de 1915 fue nombrado por el Poder Legislativo, Presidente del Poder Judicial, con el beneplácito del Presidente de la República, licenciado don Alfredo González Flores.

Cúpole el alto honor de servir en la Corte junto a muy distinguidos compatriotas, entre ellos, los licenciados don Ricardo Jiménez Oreamuno, don José Joaquín Rodríguez Guzmán, ex Presidentes de la República; don Alejandro Alvarado García, don Ezequiel Gutiérrez Iglesias, don Pedro León

Páez, don Manuel Vicente Jiménez, don Nicolás Oreamuno, don Francisco María Fuentes y don Víctor Guardia Quirós. Además don Antonio Zambrana, don Alberto Brenes Córdoba, don Luis Dávila, don José Astúa Aguilar, don Alfonso Jiménez Rojas, don Gerardo Guzmán y don Antonio Alvarez Hurtado. Imposible sería hacer, confiando a la memoria, una lista de todos los que fueron colegas suyos en el Tribunal Supremo.

Solamente de 1888 a 1890 y de 1890 a 1894, su primer periodo completo como Magistrado, sirvió en la Sala Segunda, y por un corto tiempo le correspondió presidirla. En 1904, por ejemplo, integró con don Luis Dávila y don Alberto Brenes Córdoba, la Sala Primera. En 1908 se le nombró miembro de la Sala de Casación con don Alejandro Alvarado García, don Francisco María Fuentes, don Antonio Zambrana y don Alberto Brenes Córdoba, después de haberle sucedido don Luis Dávila en la Presidencia de la Sala Primera, para la cual había sido nombrado y de la que ya era miembro don Víctor Guardia Quirós. En 1912 la Casación se componía de don Pedro León Páez, don Alejandro Alvarado García, don Francisco María Fuentes, don Alberto Brenes Córdoba y el licenciado Serrano.

El 3 de mayo de 1916, junto con el licenciado don Alberto Brenes Córdoba, al practicarse en el Congreso la elección de magistrados, don Benito fue arrojado de la Corte por la mayoría fernandista de la Cámara, en atención a razones de carácter político. Al quedar cesantes los licenciados Serrano Jiménez y Brenes Córdoba, se escuchó en el seno del Poder Legislativo, la voz de más de un diputado que hizo uso de la palabra, para protestar por la no reelección de don Benito y don Alberto. Hablaron entre otros, en su favor, don León Cortés Castro, más tarde Presidente de la República; don Víctor Guardia Quirós, don Arturo Volio Jiménez y don Luis Anderson Morúa.

El Presidente del Poder Ejecutivo, licenciado González Flores, le nombró Subpromotor Fiscal de la República, en noviembre de 1916, cargo que renunció en enero de 1917. En 1918, la Corte bajo la presidencia de don Ascensión Esquivel, le nombró Juez de lo Criminal Administrativo, puesto que sirvió durante lo restante de la Administración Tinoco Granados, lo mismo que mientras ejercieron el Poder, el general don Juan Bautista Quirós Segura, el licenciado don Francisco Aguilar Barquero y durante los primeros dos años de la Administración de don Julio Acosta García. En 1922, como ya lo dijimos anteriormente en estos

apuntamientos, al llegar el Presidente Acosta a la mitad de su cuatrienio, don Benito fue nombrado Magistrado de la Sala Primera para un período completo que desempeñó, habiéndose retirado de la Corte Suprema de Justicia en 1926, fecha en que puso término a su carrera judicial y a su vida de hombre público, sin claudicaciones, que llegó a abarcar más de la mitad de su existencia.

Fue entonces, cuando poco después de haber cumplido los 76 años de edad don Benito, el licenciado don Arturo Volio Jiménez, Presidente del Poder Legislativo, sugirió la idea de jubilarlo. Por moción de los licenciados don Carlos María Jiménez Ortiz y don Alejandro Alvarado Quirós, se le otorgó una pensión de ₡ 700.00, que por parecerle excesiva, dada su redacción en la que se especificaba que no estaría sujeta a las rebajas que la ley señala, fue vetada por el Presidente de la República, licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno. El Congreso entonces le concedió otra pensión de ₡ 500.00 que mereció la aprobación del Poder Ejecutivo. Sin embargo, dicha pensión fue rebajada paulatinamente, hasta que llegó el momento en que durante largos años se le estuvo girando al licenciado Serrano la suma de ₡ 70.00 mensuales, solamente. Durante la Tercera Administración Jiménez Oreamuno a instancia del general don Jorge Volio Jiménez y mediante una moción del licenciado don Ernesto Martín Carranza, la Cámara le fijó a don Benito una pensión de ₡ 200.00 que continuó recibiendo, hasta la fecha de su muerte.

La única fortuna de que fue poseedor el licenciado Serrano, es la casa en que habitó con su familia, durante poco más de medio siglo y otra contigua que alquilaba. Muy joven heredó una pequeña finca de café que hubo de sacrificar para pagar su educación. Su biblioteca se fue desintegrando poco a poco durante los últimos años de su vida, cuando con el fin de atender obligaciones de carácter personal, fue vendiendo sus libros en partidas pequeñas, con excepción de unos pocos que obsequió. Cuando murió no le quedaba ya ninguno.

Ningún homenaje se le tributó al licenciado Serrano al retirarse definitivamente de la vida pública. Sí gozó en todo momento, desde luego, de las atenciones y cortesías usuales, con las que al correr de los años, lo distinguieron siempre sus viejos amigos. Muy particularmente guardaba con especial cariño dos telegramas: Uno muy conmovedor que le envió el licenciado don Arturo Volio Jiménez en 1930, al cumplir los ochenta años, y otro que con motivo de haber cumplido los no-

venta y cinco le mandó en 1945, el licenciado don Teodoro Picado Michalski, Presidente de la República. Cuando murió don Benito, "Diario de Costa Rica" publicó un precioso artículo titulado "Una Vida Ejemplar" escrito por el licenciado don Rodrigo Facio Brenes. "La Prensa Libre" sacó otro más extenso todavía, del recordado cronista social de dicho rotativo, don Guillermo Tristán Fernández. Fue con ese trabajo que el señor Tristán se despidió del periodismo antes de su fallecimiento. No escribió ningún otro. En "Eco Católico" apareció uno del licenciado don Emmanuel Thompson Quirós. Por razones que desconozco "La Tribuna" ni siquiera consignó la noticia de la muerte de don Benito con una nota luctuosa en su columna de defunciones.

El licenciado Serrano fue un lector asiduo a través de su larga existencia. Leía y hablaba con propiedad tres idiomas. Conocía bien, además del castellano, el inglés y el francés. Uno de sus pasatiempos favoritos fue siempre la lectura de los mejores libros. El estudio era su mayor placer. Nunca consideró que estaba muy viejo para seguir leyendo como medio de nutrir su intelecto. Para don Benito había una lección nueva que aprender en cada libro, no importaba cuál la obra. Algún tema desconocido, por decirlo así, que hasta entonces su mente tal vez no había explorado todavía. Con frecuencia, se le veía en la Biblioteca Nacional o en la biblioteca del antiguo Club Internacional.

Era amante de la buena música. Si se anunciaba un concierto importante con toda seguridad que allí se le encontraría entre los asistentes. Frecuentaba los recreos y las retretas. Asistía a los juegos deportivos con regularidad; a las corridas de toros, casi siempre. Era amigo del teatro en sus diversas formas, la ópera, las tablas, el cinematógrafo. Cuentan que en sus mocedades gustó mucho del baile.

También encontraba gran placer en visitar al campo. Acostumbraba hacer periódicamente viajes a las cabeceras de Provincia, lo mismo que a los pueblos pequeños, para darse cuenta del progreso alcanzado y de los cambios generales que allí se iban efectuando.

Las deficiencias físicas que se advirtieron en él durante sus últimos días como la falta del sentido de la vista, la dificultad para caminar, y a veces una memoria que delataba ya su avanzada edad, se apreciaron desde que cumplió los 90 años en 1940, pues hombre muy metódico que fue, hasta esa

fecha gozó siempre de perfecta salud, sin quebrantos de ninguna especie.

Años atrás, por las mañanas solía caminar desde su casa de habitación en el Barrio de La Merced de la Capital, hasta lo que es hoy día Aranjuez y luego regresar a tiempo para ser el primero en llegar al Palacio de Justicia, después del empleado que abría la puerta, pese a los ataques de algún enemigo político suyo, que a menudo le increpaba por la prensa y entre otras cosas le repetía que don Benito llegaba a su despacho temprano solamente el día de cobrar el sueldo. El licenciado Serrano no acostumbraba contestar ataques de esta clase y rara vez le vimos polemizando por periódico. Pasado el almuerzo, todos los días visitaba andando, lo que actualmente se llama Barrio González Lahmann, antes de dirigirse a su oficina. Como vía de ejercicio, llegaba hasta la boca de la Sabana todas las tardes después de la cena. Sólo la lluvia le contenía, y no siempre, con razón que cumplió los 90 años gozando de perfecta salud. El detalle apuntado, es uno solo entre muchos que podrían citarse, para fijar lo metódico que fue el licenciado Serrano en sus costumbres. Ajeno totalmente a los vicios se limitaba a fumarse dos cigarrillos al día, durante la sobremesa y del todo no tocaba el licor, excepto cuando se hacía necesario brindar en algún banquete oficial; vino sí tomaba de una clase u otra, todos los días con el almuerzo. Puntual para sus comidas, jamás aceptaba alimento a deshoras, a excepción de un refrigerio o té caliente, que se le servía a las trece horas; absolutamente nada antes de acostarse. Nunca, ni en las postremerías de su vida, observó dieta alguna, ni guardó cama un sólo día. Acostumbraba recogerse alrededor de las veintitrés horas todas las noches, para levantarse por ahí de las cinco de la mañana diariamente. El Presidente González Víquez contaba durante su Segunda Administración, que desde la ventana de su despacho en la Casa Presidencial, veía pasar al licenciado Serrano con exactitud precisa, a las seis en punto de la mañana, cuando en su gira matinal, se dirigía diariamente hacia Aranjuez. (Ya a esa hora, don Cleto, se encontraba trabajando en su despacho).

De una cuna humilde se distinguió por su talento y dedicación al estudio, por su preparación intelectual y por su acrisolada honradez, proverbial ante sus conciudadanos. Su nombre se ha citado de ejemplo muchas veces, entre el de otros costarricenses sobresalientes, que también han brillado en la vida pública de la nación, durante los últimos lustros.

No obstante su procedencia humilde, de la cual se sentía orgulloso, muy joven ingresó en sociedad, siendo aceptado en los mejores círculos al igual que otros distinguidos costarricenses que se levantaron por su propio esfuerzo y de quienes se puede decir que como él, pertenecieron a la aristocracia del talento. Su padre Anastasio Serrano y Valdivieso era un agricultor, original de lo que es hoy día Panamá y que entonces era parte de Colombia. Su madre Juana Jiménez Arnauz de Serrano y Valdivieso fue de ascendencia colombiana. Don Anastasio era bajo, grueso, de tez oscura y pelo negro. Doña Juana fue alta, hermosa, de cutis muy blanco y pelo rubio. Don Benito era alto y esbelto como su madre, pero trigueño como su padre. La austeridad de su porte imponía respeto. Parco en la palabra, no obstante, era de trato amable y conversación amena. Fue hombre de gran agilidad mental y bien cultivado en las letras. Con el correr de los años don Benito llegó a parecer un majestuoso roble a quien se hacía preciso admirar y a quien respetaban todos. Era el prototipo del juez integérrimo, personificaba al Magistrado de Toga Romana, era representativo del decoro y la dignidad de la Corte Suprema misma. Su prestigio parecía acentuarse a medida que transcurría el tiempo.

El 6 de marzo de 1880 contrajo matrimonio con la señorita doña Celina Thompson MacQuillan, hija de William Thompson, ciudadano inglés, y de su señora esposa doña Joan MacQuillan de Thompson, escocesa. Doña Celina falleció en 1927.

Tuvieron don Benito y doña Celina siete hijos, dos varones y cinco mujeres. Los hombres, Enrique y Roberto, murieron en la infancia. De las mujeres Lidia, maestra, y María Isabel, fallecieron solteras; María Isabel primero, en 1949 y Lidia en 1964. Adela, la mayor, también soltera, vive todavía y cuenta noventa y dos años; Claudia, la menor, casó en 1925, con el comerciante don Enrique Esquivel Villanea. Doña Claudia falleció en 1954 y el señor Esquivel en 1966. Clemencia, también maestra, quien murió en 1938, contrajo matrimonio en 1911 con el recordado caballero don Manuel Antonio Bonilla Mora, quien falleció en 1928.

Los nietos del licenciado Serrano son Gladys Bonilla, fallecida a los tres meses en 1912; Harold Happy Bonilla, escritor, soltero; y Manuel Antonio Bonilla, abogado, casado con Amara Castillo Sequeira, con tres hijos, Amara, Rosivette y Raúl; asimismo, Rodrigo Esquivel, sacerdote y Virginia Esquivel, soltera y enfermera.
